VII Domingo Tiempo ordinario

1 Samuel 26, 2. 7-9. 12-13. 22-23; 1 Corintios 15, 45-49; Lucas 6, 27-38

«Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará»

20 febrero 2022 P. Carlos Padilla Esteban

«Mi vida es para entregarla y dar siempre duele, pero me hace más feliz. Lo que no entregue hoy se pierde. El amor guardado se pudre. Necesito romperme para dar fruto, para florecer»

Quiero hacer las cosas bien. Quiero vivir lo que Dios quiera que viva. Quiero elegir lo correcto, lo más sano, lo más puro, lo más grande. Pero no lo hago. ¿Tendré una segunda oportunidad si un día me equivoco y no hago lo que me hace bien? ¿Será Dios un Dios de las segundas oportunidades? Sí, creo en ese Dios que sale a mi encuentro cuando estoy huyendo. Cuando le he dado la espalda en mis errores, en mis pecados. Me mira a los ojos y me dice que no tenga miedo. Que lo puedo volver a intentar. ¿Hay segundas oportunidades? Siempre detrás de un santo hay un pecador. Delante de un pecador puede haber un santo. Puedo cambiar las sombras con un poco de luz. Y puedo sembrar esperanza pese a todos mis miedos. ¿Seré fuerte esta vez? ¿Conseguiré hacerlo bien en medio de mis dudas e incertidumbres? No lo sé, el futuro no está bajo mi control. Pero Dios me dice que confíe y no tenga miedo. Es el Dios de mis segundas oportunidades. Ahora quizás puedo hacerlo mejor. ¿O no? Los hombres de Dios encuentran la paz en el camino porque viven arraigados en su corazón. Así debería ser más fácil. Pero Dios respeta al máximo mi libertad. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso no conoce mis torpezas y ha vivido mis caídas? No acabo de entender a este Dios misericordioso que me ama tanto que me da lo más sagrado que tengo, la libertad. Sí, puedo ser libre para elegir, para optar, para decidirme. No me quita esa libertad. No me fuerza, no me presiona. Me deja solo para que suba a lo alto de la montaña y atraviese los bosques más espesos. ¿Cuál será la vereda exacta, el sendero preciso? Dios es un Dios de la vida, de la Gloria, de la Resurrección, de la alegría, de la esperanza. No es un Dios del Calvario. La cruz forma parte de la vida. Igual que la resurrección que sueño y anhelo. Mi mente me puede hundir o puede levantarme en los peores momentos. Pienso en la fortaleza de mi alma. En mi resiliencia y reciedumbre. Quiero luchar por encima de mis dolores y mis miedos. Cada día de mi vida es una oportunidad nueva que Dios me da. Decía el Papa Francisco: «*Esta es una oportunidad de conversión. Es un lugar de metanoia (conversión) lo que estamos viviendo, y es la oportunidad de hacerlo. Hagámonos cargo y sigamos adelante*». Tengo la oportunidad de cambiar, de vivir de otra manera, de resistir cuando nadie me da esperanza, cuando nadie cree en mí. Cuando la duda entra en mi corazón y en el de los que me aman y rodean. Elijo vivir, elijo el amor, elijo el bien, elijo la esperanza. Elijo luchar hasta el último aliento de vida. Me sostiene esa mano de Dios que viene a mí en los momentos de dolor. Adriana Arreola comentaba cómo ha vivido su enfermedad del cáncer: «*En los peores momentos la medicina fue aceptar la voluntad de Dios. Si me toca irme joven Dios sabe por qué. La clave está en aceptar su camino para mí. Orar es la medicina. Cuando le entregas los miedos y el dolor Él lo resuelve. Siempre sale el sol*». Dios tiene segundas oportunidades. Dios vuelve a elegirme incluso cuando yo me olvido de Él. Mi mente puede hundirme y hacerme mirar la realidad con amargura. No puedo cambiar el día, no puedo alterar el camino. Pero sí puedo cambiar mi ánimo para vivir con alegría y paz en el lugar donde Dios me quiere ahora mismo. Quiero vivir bien. Amar bien. Mirar bien mi vida y confiar en su poder. No me acostumbro a todo lo que tengo. No pierdo la luz cuando la noche se cierne sobre mí. Quiero el bien en mi vida, pero no lo controlo. Sí, elijo una forma sana de mirar las cosas. Para vivir las cosas bien tengo que mirar las cosas desde Dios. Decía el P. Kentenich: «*Sólo podrá producirse un cambio si asumimos una posición neutral que expanda nuestro estrecho horizonte, trazado por el egoísmo, y nos haga ver las cosas en su verdadera magnitud. No la hallaremos ni en nosotros mismos ni en nuestros semejantes. Debemos ir más allá de ambos y colocarnos de forma inmediata sobre el terreno de Dios. De él es de quien reciben las cosas su medida y su peso.*

En efecto, él es la medida de todas las cosas»[1]. La medida adecuada de las cosas está en Dios. Yo no tengo la mirada correcta. Tengo que distanciarme de mí mismo para mirar mejor las cosas. Con más paz y libertad. Desde esa perspectiva nueva miro las cosas con más alegría interior. Los miedos se van. Se calma el alma por dentro. Y confío que Dios es un Dios de vida y de las segundas oportunidades. **Puedo volver a empezar siempre de nuevo.**

Ganar partidos en el mundo del deporte no es lo único. Conseguir éxito en las empresas que emprendo no es lo fundamental. Si así fuera viviría frustrado continuamente, porque nadie puede ganar siempre. Y el éxito no siempre me acompaña. ¿Cómo se educa el carácter para vivir con paz tanto en el éxito como en el fracaso? Toni Nada hablaba sobre su sobrino el tenista Rafael Nadal y la educación de los jóvenes: «*Hemos logrado desdeñar todo lo que exige esfuerzo o que nos incomoda mínimamente. En mi amplia experiencia dentro de la formación tenística he ido comprobando cómo se han acentuado en los jóvenes la frustración, el hastío y el abandono enseguida de algo que les turba o no les sale inmediatamente como desean. Las nuevas generaciones necesitan en una medida cada vez más creciente que los entrenamientos sean divertidos, que las recompensas sean inmediatas y que se les aplauda el más mínimo avance*». No sé cómo manejo el esfuerzo y los sueños. Deseo algo que no poseo. Lucho por ello con todas mis fuerzas. Lo consigo y lo olvido, paso a otra cosa. O no lo consigo y pierdo la alegría, desisto, abandono la ruta del esfuerzo. Esforzarme por algo parece algo poco común. Exigirme no parece más deseado. Prefiero obtener logros sin hacer demasiado, sin mucha lucha. Luchar hasta el extremo no es fácil. Hacerlo cuando parece todo perdido sin enojarme, sin perder la razón, sin dejar que las emociones manden y hagan que salga lo peor de mí es poco frecuente. Seguir corriendo cuando lo que todos ven es que no lo voy a lograr parece imposible. Creer en mí incluso cuando nadie cree, es utópico. No parece recomendable luchar hasta el final de mis fuerzas y correr hasta que ya no pueda más. Pero si lo hago no tendré nada que reprocharme. La ley del mínimo esfuerzo se impone. Elegir la diversión, viajar, hacer planes entretenidos gana al esfuerzo y al sacrificio. Las palabras sacrificarse y renunciar resultan ajenas. Prefiero las palabras triunfar, tener éxito, lograr los objetivos. Pero todo ello sin demasiada lucha. Tengo derecho al descanso, a la fiesta, a la alegría. No quiero estar todo el día exigiéndome demasiado. Renunciar, cuando puedo seguir pasándolo bien. Sacrificarme, cuando puedo lograr lo mismo sin tanto esfuerzo. Es la mentalidad que se impone. Frente a ello surge la excepcionalidad del sacrificio. Añade Toni Nadal: «*Mi sobrino tenía la obligación, inculcada por mí al principio, asumida por él después, de no quejarse, de entrar en la pista cada día con buen ánimo, de aceptar que las cosas no salen bien de inmediato y de asumir la dificultad tanto física como mental. Él aceptó la exigencia, absolutamente todos los días de todos los años que entrenó conmigo, de entrar con buena cara en la pista, de no romper una raqueta (signo de desánimo), de entrenar más tiempo del previsto, de no quejarse jamás y de pegarle a la bola, cada vez, lo mejor que pudiera. Pero, sobre todo, de entender y aceptar que aunque hiciéramos todo esto, no necesariamente las cosas saldrían bien*». ¿Es esa mi educación? ¿Estoy dispuesto a luchar de esta forma aún cuando no consiga todas mis metas? Parece que no opto por el sacrificio y la renuncia. Pero al mismo tiempo lo quiero todo y ya, de forma inmediata. Invertir tiempo y esfuerzo no es gratificante. Venir dispuesto a trabajar y no simplemente a cubrir el expediente es lo que Dios me pide. Mis relaciones humanas no son gratuitas, exigen renuncias y sacrificios y no siempre las cosas salen como yo quiero. Cada día tengo que esforzarme. No soy todavía la mejor versión de mí mismo. Agradezco todo lo que tengo, pero aún no me basta, puedo dar más. No lo miro todo con frustración sino con el deseo de crecer más y de dar más. La aceptación del sacrificio tiene que estar en mi ADN. No estoy dispuesto a ser conformista. No me sirven esas frases que a veces anidan en mi corazón: «*Es demasiado difícil. Nadie puede hacerlo, yo tampoco. Esto no es para mí. No soy feliz haciéndolo, me cuesta mucho, lo dejo. Me conformo con lo que ya tengo*». Son actitudes derrotistas que no me ayudan a madurar. En la vida las cosas son difíciles. Si no me esfuerzo cada día por ser mejor, me dejaré llevar por la corriente. Si sólo busco el éxito fácil e inmediato me toparé de bruces con el fracaso de todos mis sueños. Desde el momento que no lucho por lo que deseo ya lo he perdido. Desde ese instante en el que pierdo la esperanza he dejado a un lado la posibilidad de tocar las alturas. Los sueños que no se cuidan y cultivan mueren. Las ideas que no intento que se hagan vida acaban languideciendo. No siempre detrás de mi esfuerzo llega un resultado satisfactorio. Las metas están delante de mis ojos y no me conformo con lo que ya he

[1] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

logrado. Puedo alcanzar más metas, puedo llegar más lejos. Entrenar todos los días no me garantiza el éxito. Pero dejar de hacerlo me asegura fracasar en todos los ámbitos de mi vida. Enojarme conmigo mismo cada vez que caigo no me ayuda a levantarme. La actitud positiva me permite ver a Dios en mi camino cada vez que está todo en tinieblas y cubierto de bruma. **No dejo de sonreír, me sacrifico, me entrego, renuncio por amor a aquello más grande que anhela mi corazón.**

Siempre irrumpe con fuerza el día de los enamorados. O el día de la amistad o del amor en general. Y surge la pregunta en mi alma: ¿Por qué tiene sentido celebrar un día especial y no hacerlo todos los días? Debería ser una celebración continua. Que alguien pueda decir que tiene personas en su vida que lo quieren, lo aman, lo respetan, lo escuchan, confían, están siempre ahí para compartir las alegrías y hacer más llevaderas las penas es un verdadero milagro. Leía el otro día: «*¿Por qué te quiero? Porque sin intentar cambiar nada en mí llegaste y lo cambiaste todo*». Así debería ser el verdadero amor que se entrega sin condiciones, no espera cambiar a la persona amada y siempre está ahí en las buenas y en las malas. Así debería ser la forma que tengo de amar a quienes amo y la forma como yo mismo debería ser amado. Un día de los enamorados me recuerda quiénes son mis amores, mis amigos, mis más cercanos, mis confidentes, esas personas de más confianza. Me recuerda que la vida es corta y los sueños son inmensos. Que todo el amor que quiero dar no cabe en mis cortos días ni en mi pequeño corazón. Y tampoco me cabe todo el amor que quiero recibir. Tal vez por eso vivo insatisfecho, incapaz de acoger todo lo que me entregan, incapaz de dar todo lo que esperan de mí. Un día de los enamorados es un aniversario en el que agradezco a Dios por lo que he amado en esta vida. Todo suma. Pienso en los que ya no están conmigo y los amé hasta el extremo. En los que siguen a mi lado navegando mis aguas. En los que siguen estando sin importar la distancia. En aquellos que un día abrieron su alma confiando. Y en aquellos a los que yo abrí la mía. Pienso en esos amores profundos que nunca mueren. Es este el día para pensar en la hondura de todos mis amores, amigos, confidentes, cómplices. Y pensar que la vida es muy corta para odiar más que amar. Y que las heridas que guardo, producidas seguro por desamores y torpezas, propias y ajenas, son sólo la huella de mi deseo más honesto de vivir entregando la vida. Al fin y al cabo si algo merece la pena es amar. Mucho más que el desinterés, el desprecio, el olvido, la desgana o tantas otras cosas que me vuelven infeliz. El día de los enamorados les pertenece a aquellos que se dejaron tocar por el amor. Trátese del amor que sea. El amor del hijo por su madre, ese amor que nunca muere, siempre me ata a la tierra y al cielo. El amor del hijo a su padre, cuando en sus límites y humanidad lo descubrió como un camino al cielo. El amor fraterno cultivado de muchas formas. A veces descuidado, otras veces cuidado con pasión. El amor entre amigos que se mantiene puro a lo largo de los años. El amor de los esposos que no muere y es para siempre. El amor de una madre que nunca desaparecerá pase lo que pase. O el amor del padre que siempre de nuevo vuelve a comenzar. Pero también es el día para agradecer y suplicar misericordia en esos amores que no siguieron adelante y murieron. Sin pensar en los motivos ni buscar de quién fue la culpa. Esos amores que se acabaron duraran mucho o poco, eso no importa. Existieron, dejaron huella en el alma, quiero agradecer por ellos. Amores frustrados que me dejaron insatisfecho, herido, roto. Esos amores de un tiempo que prometían ser eternos y no lo fueron. Es el día para agradecer lo que fue y pedir perdón por lo que no pudo ser y no fue. Un día para perdonar por las veces que me hirieron. El amor deja el alma tocada a menudo. Es un día para pensar en mi forma de amar, cuando soy capaz de vencer el egoísmo y pensar en los que me rodean. Mi vida es para entregarla y dar siempre duele, pero me hace más feliz, no quiero olvidarlo. Lo que no entregue hoy se pierde, eso seguro. El amor guardado se pudre, por no llegar a nacer. Necesito romperme para dar fruto, para florecer. Darme para liberarme del egoísmo que me hace quererme mal, buscando mi comodidad y mi paz interior, sin querer sufrir más de la cuenta. Un día como este me invita a querer más a los que ya quiero y a querer ampliar mi corazón, abriéndolo a los que voy conociendo. Sin negarme a lo nuevo, a lo desconocido. Sabiendo que detrás de un nuevo encuentro algo puede suceder. Al mismo tiempo este día me lleva a mirar al cielo. Mi amor a Dios, el amor que Dios me tiene. Me siento hijo, niño predilecto de Dios. Decía el P. Kentenich: «*La infancia espiritual vista de la manera correcta, es decir, en sus estadios de desarrollo, primero, el amor filial primitivo, y, después, el amor filial maduro y acrisolado, es en sí la raíz de la raíz principal del amor*»[2]. El amor de Dios me permite crecer como niño confiado en sus

[2] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

manos. ¿Cómo es el amor que le entrego a Dios? ¿Cómo siento en mi vida su amor de elección? Me ha llamado a caminar a su lado. Ha puesto su confianza en mí. Me quiere con locura, me busca, camina a mi lado cada día. El amor humano me lleva al amor divino. «*Donde falta el amor a los hombres, ¡qué difícil será percibir en sí un verdadero amor a Dios, un amor profundo, entrañable y sincero a Dios! Es posible, pero difícil, extraordinariamente difícil*»[3]. Ojalá mis amores humanos me muestren siempre el amor de Dios en mi vida. **El amor humano es trasparente de un amor más grande.**

David hoy se muestra como un hombre honesto cuando no atenta contra el ungido del Señor: «*David cruzó a la otra parte, se plantó en la cima del monte, lejos, dejando mucho espacio en medio, y gritó: - Aquí está la lanza del rey. Que venga uno de los mozos a recoger1a. El Señor pagará a cada uno su justicia y su lealtad. Porque él te puso hoy en mis manos, pero yo no quise atentar contra el ungido del Señor*». Saúl está persiguiendo a David. Y David tiene la oportunidad de matar a quien lo persigue mientras duerme. Pero no lo hace. No le parece justo. En la vida es difícil permanecer fiel a mis creencias, a mis principios. Tengo mis normas dentro del corazón. Sé lo que quiero y lo que no quiero. Tengo claro lo que amo y lo que detesto. He ido construyendo con el paso de los años mis principios, en los que creo. Se los transmito a los míos. Les muestro lo que es importante en esta vida, al menos aquello en lo que yo creo. Pero no siempre es tan fácil permanecer fiel a aquello en lo que creo. No siempre estará bien visto y me juzgarán por ello. No siempre seré capaz de mantenerme fiel a aquello en lo que creo cuando esa fidelidad me perjudique y haga daño. Podría enumerar mis principios. Quisiera que fueran una roca sobre la que construir mi vida. Pero en ocasiones me veo transando, contemporizando, dejando a un lado mi fe para hacer frente a la realidad, tiene tanta fuerza. Una persona defiende la vida atacando el aborto. Súbitamente su hija se queda embarazada. Deciden mantenerse fieles a sus principios. Una persona cree que la vida es un don que nunca se puede quitar. Hasta que un ser querido se encuentra ante el dilema de la eutanasia. Opta por la vida. Una persona no puede quedarse embarazada. Y no quiere usar cualquier método para tener un hijo. Un hijo siempre es un don, algo gratuito. Puede pasar que mis principios sean válidos sólo hasta que la realidad me confronte y tenga que elegir. Entonces ¿elijo lo que me conviene o aquello en lo que realmente creo? ¿Opto por lo que es más fácil? La elección difícil implica mucho sacrificio. ¿Seré fuerte? Ser fiel a mis creencias, a mis principios, no parece tan fácil. El mundo en el que vivo me cuestiona. Y siento que podría renunciar a algunos de esos principios y seguir siendo feliz. ¿Es eso lo que quiero? No es tan sencillo ser fiel a mí mismo y fiel a aquello que Dios ha sembrado en mi corazón. Fiel a mi fe en un mundo que me cuestiona, donde me siento atacado a menudo. ¿Estoy dispuesto a poner la honestidad como principio en mi vida? Puede surgir una oportunidad no muy ética, pero que me conviene. ¿Qué hago? No quiero ser como el resto, pero me asemejo demasiado. Tengo las mismas tentaciones, me resulta igual de agradable el bien que se me ofrece. Sólo tengo que dar un paso, dejar a un lado algunos de mis principios. Me conviene. Como a David. Podía librarse de su enemigo, de ese rey que quería matarlo. Y así el mismo ser coronado como rey sin más dilación. ¿Es eso lo que David quería? Le conviene, pero no lo elige. Opta por la honestidad, por la verdad, por lo que es justo. Aunque algunos me tienten como a David sus amigos: «*Abisay dijo a David: - Dios te pone el enemigo en la mano. Voy a clavarlo en tierra de una lanzada; no hará falta repetir el golpe. Pero David replicó: - ¡No lo mates!, que no se puede atentar impunemente contra el ungido del Señor*». Me tientan con el camino fácil. ¿Por qué son tan importantes mis creencias, mis principios? Creo que cuando empiezo a dejar a un lado mis creencias y principios eligiendo lo fácil, no lo bueno, me iré relajando. Me importará cada vez menos dar nuevos pasos. Iré poco a poco dejándome llevar por la comodidad, por lo fácil. Elegiré lo que me conviene, no lo que es justo. Haré lo que me beneficia, aunque perjudique a otros. Mis principios dejarán de ser los que manden. Ya no elegiré yo, elegirán otros por mí y me iré haciendo inmune al bien, a la misericordia, a la justicia, a la honestidad. Ya no tendré principios sólidos sobre los que asentar mi vida. No seré una personalidad recia como decía el P. Kentenich: «*Nuestros jefes han de ser hombres de ideas firmes. Una forma puede cambiar, ser en el presente de una manera y en el futuro de otra. Si ya no hay hombres que puedan distinguir entre forma e idea, cuando las formas se disuelvan se acabará por abandonar fácilmente todo*»[4]. Las formas son el cauce de la idea. Podrán cambiar las formas, pero la idea se mantiene firme dentro del alma. El principio

[3] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*
[4] J. Kentenich, *Kentenich Reader Tomo II*

fundamenta mi vida. La creencia les da estabilidad a mis aguas. ¿Cómo es de sólida mi fe? ¿Cómo son de sólidos mis principios? Quiero ser fiel a aquello en lo que creo. Las circunstancias podrán cambiar. Cambiaré también yo con el paso de los años. Pero no quiero perder mi pasión por aquello en lo que creo. No quiero olvidarme lo fundamental. No quiero dejar de creer en aquello que me ha permitido ser de una determinada manera. Aunque esa fidelidad me perjudique. Aunque deje de ganar lo que yo deseo. Aunque tenga que quedarme solo o ser incomprendido. No dejarme llevar por la masa es más difícil que seguir el camino que todos señalan como bueno. ¿Cómo ha cimentado Dios dentro de mí esas creencias y principios que me constituyen? **Es Él el que me ha hecho de esta manera y ha sembrado dentro de mí ese anhelo de santidad y de seguir siempre sus pasos**.

Hay cosas que me parecen imposibles de realizar. Hazañas inalcanzables. Sueños improbables. Metas que no me conviene plantearme siquiera. Porque no tengo fuerzas, ni capacidad, y aunque lo intente no lo logro. El otro día una persona decía: *«Para él no hay nada imposible, por eso tiene tanto éxito en la vida. Nada lo detiene».* Me llamó la atención. Lo imposible es lo que no se puede hacer. Y por más que me digan que si lucho lo logro no siempre resulta. Es lo que a veces me pasa con algunas cosas que Jesús dice y pide: «*A los que me escucháis os digo: - Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos».* ¿Cómo puedo amar al que me odia, al que me injuria, al que me trata mal? Es imposible. Humanamente no puedo hacerlo. No tengo esa capacidad. Me siento como los paganos: *«Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen».* Me siento como los pecadores que aman sólo a los que los tratan bien. ¿Por qué me pide Dios algo imposible? No lo entiendo. Amar al que me ama ya es difícil. Pero amar a quien no me quiere y me hace el mal es imposible. Lo imposible no es posible, es lo que hay. Entonces, ¿por qué insiste Jesús? Me siento bloqueado a menudo con estas palabras. El amor al enemigo es una cumbre inalcanzable con mis fuerzas humanas. Sin duda necesito una fuerza en mi interior que proceda de Dios y haga posible lo imposible. Un corazón tan generoso y bueno que no guarde rencor y perdone siempre. Y ame al que no le ama. Así es el amor de Jesús que desde la cruz ama a los que lo están matando, a los que lo odian sin haber hecho nada. Y los ama mientras muere colgado en el madero. Miro en mi corazón y a veces pienso que no hay enemigos. No hay nadie que me odie, creo. Pero entonces recuerdo mis heridas, mis rencores, mis resentimientos. Sí, tengo enemigos. Tienen nombre. Forman parte de mi historia. Me han hecho daño con voluntad o por imprudencia. No importa, el daño es lo que queda en mi alma y duele todo por dentro. Surgen los enemigos en esos resentimientos guardados. ¿Cómo se libera la carga del corazón? Hace falta un perdón que no me llega. Me falta una misericordia que no tengo. Quisiera perdonar a los que me han hecho daño alguna vez, son mis enemigos. Son esos a los que no puedo amar y quiero tener lejos. Los he olvidado. Los he bloqueado en mis redes sociales. Los he eliminado de mi memoria queriendo apagar el dolor por el daño causado. Son mis enemigos. No emprenden una campaña contra mí. No me atacan ya seguramente. Pero forman parte de aquellos a los que no quiero, a los que no querré nunca. Salvo que Dios obre un milagro en mí. Tal vez siento que tengo que amarlos como amo a mis amigos, a los que me quieren bien, a los que me tratan con dulzura y benevolencia. No. El amor que me pide no es ese. El amor que quiere que tenga es el que desea el bien de la persona amada. ¿Soy capaz de desear el bien a mis enemigos? ¿Quiero que les vaya bien, que triunfen en la vida? A veces descubro una brizna de odio en el corazón y me asusto. He querido el mal de mis enemigos casi sin saberlo. No sé cómo hacer para no sentir lo que siento. Tendrá que ser un juego entre la gracia que me viene del cielo y la voluntad que quiere el bien de aquel al que no logro querer. Es una decisión desear el bien a mi enemigo. Querer que triunfe, que logre sus sueños, que no fracase en sus empresas. Me parece imposible porque el corazón se rebela con todas sus fuerzas. Lo que Jesús me pide hoy es un milagro, un don que tengo que pedirle cada día. Porque añade aún más cosas: «*A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo».* Dar al que me quita. Entregar más de lo que recibo. No llevar cuenta del bien ni del mal recibido. Prestar sin

esperar que me lo devuelvan. Ser generoso hasta el extremo. Dar lo mío sin reclamar nada. Prestar sin esperar que me lo paguen. ¿Cómo logro esa generosidad que no es humana? Tiene que ser obra de Dios en mí. Él puede hacerlo, puede hacer nuevas todas las cosas en mí. Es su tarea y yo sólo tengo que pedirlo con mucha fe. **Consciente de que si lo pido cada día Dios puede hacer el milagro de cambiarme por dentro.**

Y por último hoy quiere Jesús que sea compasivo. Escucho cómo es el corazón de Dios, el de Jesús mismo: «*Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles*». Jesús me pide hoy que sea como su Padre celestial: «*Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros*». La medida que usen la usarán conmigo. Mi forma de ser compasivo la tendrán al mirarme. Quiero que me traten de una forma pero yo no trato de la misma manera a mis hermanos. Espero que se porten bien conmigo, con generosidad, pero yo no soy generoso con el resto. Me guardo mis cosas. Mi medida es escasa, tacaña. Espero que me regalen muchas cosas pero yo no regalo. Abro mis manos parar recibir, pero yo no entrego. La compasión es una actitud que marca mi vida para siempre. Es un don que me regala Dios y hace que mi vida sea diferente. Así fue con los santos: «*Desde aquel instante se grabó en el alma de Francisco la compasión del Crucificado*»[5]. Si soy compasivo no podré pasar de largo ante el que sufre. Percibiré el dolor en los corazones que me encuentro. No seré inmune ante el sufrimiento que observo. Me detendré ante el que me necesita. Perdonará con misericordia las ofensas. No llevaré cuentas del mal recibido. Me abriré a mirar con misericordia al que no hace lo que yo espero y deseo. Al que no se comporta de acuerdo con mi forma de pensar. Los compasivos cambian el mundo con su mirada. La intransigencia y la intolerancia me vuelven rígido y duro. Nada me conmueve. No quiero perdonar al que no actúa con justicia. No quiero detenerme ante el que me necesita. Y es que este mundo punga por volver mi corazón inmune al dolor, indiferente, exigente. Me acostumbro a las muertes, a las injusticias, a los robos, a los insultos a mi alrededor. Me vuelvo tolerante con la injusticia que observo. Lo acepto todo como parte de la vida en este mundo. Me vuelvo demasiado mundano en el contacto con la tierra y muy poco de Dios alejándome del cielo. Hoy escucho: «*Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial*». Si soy compasivo, generoso, misericordioso seré una imagen débil y herida del hombre celestial, de Jesús que pasó haciendo el bien y curando a los enfermos y oprimidos. Hace falta un milagro para poder llegar a compartir, para perdonar al que me hace daño, para dar más de lo que recibo sin hacer cuentas, para no angustiarme al ver que el amor no es simétrico en mis vínculos. Esa asimetría del amor me incomoda. Quisiera dar mucho y recibir mucho. O si doy poco recibir mucho más de lo que entrego. Quisiera que me amaran con la misma medida con la que yo amo, aunque esta no esté colmada. Pero no es así, la medida que me dan no es la mía. El amor es asimétrico, es desigual. Recibo menos de lo que espero y me indigno. Quiero que me amen más, que lo hagan de forma incondicional, que me quieran pasando por alto mis debilidades e incoherencias. Que me busquen aunque yo no los busque a ellos. Quisiera recibir un amor colmado para no tener que vivir mendigando. Pero no lo recibo y la rabia brota en mi corazón. ¿Cómo podré hacer vida en mi corazón todo lo que hoy Jesús me pide? Me parece imposible. Y lo imposible sólo puede llegar a ser posible si un milagro sucede en mí. Es lo que le pido a Jesús. Que como a S. Francisco se me grabe el amor compasivo del Crucificado. Me quiero abrir a esa mirada misericordiosa y compasiva de Dios en mi vida. He tocado la gracia y quiero dar mucho sin esperar nada. Sin turbarme cada vez que reciba piedras en lugar de abrazos. Sin dejar de amar aunque no me amen con la misma medida. **No quiero aburrirme, no quiero cansarme de amar siempre más, de buscar al que me exige y perdonar al que me hace daño**.

[5] Tomás de Celano, *Vida segunda de San Francisco*